

**HOMENAJE DE LA
REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
DE SAN TELMO
Y DEL
INSTITUTO DE ESTUDIOS CEUTÍES
AL DR. POSAC MON**

OBRA MALAGUEÑA



Real Academia de Bellas Artes
de San Telmo



Instituto de
Estudios Ceutíes

PRÓLOGO

Alguien dijo que “*somos lo que aprendemos en el bachillerato*”. Es cierto que el viejo bachillerato, el añorado BUP, ponía a disposición del estudiante unos recursos que hoy por hoy están totalmente ausentes en un sistema educativo, el actual, tras sucesivas reformas y contrarreformas, que tal vez no haya estado a la altura de las expectativas que generó. Se dirá, con cierta razón, que la sociedad ha cambiado y que los ajustes eran –son- absolutamente pertinentes para dar respuesta a las nuevas necesidades creadas. Ni mucho menos pretendo aquí debatir sobre ello, pues este proemio sólo quiere servir para dar a conocer con orgullo a cuantos no lo sepan que fui alumno en 3º de BUP y COU, allá por los primeros años de los 80 de la pasada centuria, de Don Carlos Posac Mon en el Instituto Ntra. Sra de la Victoria de Málaga, conocido popularmente desde tiempo atrás como “Martiricos”. En buena medida, soy lo que aquel Bachillerato me proporcionó y, en igual medida, lo mucho o poco que aprendí de maestros tan espléndidos como Don Carlos es lo que más me ha servido para forjarme como investigador y profesor. He de confesar con cierta pesadumbre, pues las expectativas que aquel joven bachiller tenía depositadas en la Universidad eran bien elevadas, que no he vuelto a tener ningún profesor de esa talla.

Todo en “*aquel catalán que no ejerce*” era distinción y cortesía. En la Málaga que empezaba a desembarazarse lentamente de los corruptos hábitos de una dictadura que, como todas, pretendía ser eterna, los estudiantes que cursábamos griego con Don Carlos nos preguntábamos a principio del curso 1981-82 quién era aquel profesor dotado de unas asombrosas cualidades pedagógicas en las que no tenían cabida los exámenes y que lograba transmitir, como ningún otro lo hacía, tanto conocimiento. Pareciera que se tratara de un taumaturgo. Recuerdo aún emocionado aquella conferencia inaugural del curso 1981-82 que leyó aquel menudo docente con su peculiar dicción, recién incorporado a su Cátedra, lectura a la que asistí y que llevaba el sugerente título de “*Andanzas de un caballero malagueño por tierras marroquíes (1777-1778)*”, ahora felizmente recogida en la presente miscelánea.

De antemano, he de decir que para el alumnado el griego era una de las asignaturas consideradas “exótica”. Por de pronto, habríamos de aprender un nuevo alfabeto, aplicarse a interpretar unos grafemas, aunque familiares a los latinos, a la postre desconocidos. No era fácil convertir lo que parecía árida disciplina en amena lección. Y a fe que Don Carlos lo conseguía. Aún tengo vivo en la memoria cómo fuimos desvelando los arcanos de aquellos nuevos caracteres: su conexión con asuntos familiares (“*y ahora viene una*

letra que tiene nombre de máquina de coser, la sigma...”) nos devolvió rápidamente la confianza en nuestras posibilidades de asimilar aquel inicial galimatías.

Y después estaban sus discursos y su método. Porque sus clases eran sencillamente fascinantes: sus digresiones mitológicas adobadas con aquellas largas charlas en la que todo tenía su justa cabida sobre los temas más variados (arqueología, historia, lingüística, literatura...) daba a aquello tan poco convencional otro sentido muy distinto a lo que entendíamos por “clase”, sin hacer uso nunca de algo que pudiera asemejarse a un manual, guiándonos únicamente a través de una charla, divertida a veces, solemne en otros casos, de aquel profesor. Así comprendimos el significado de “peripatético”, pues si bien no caminábamos escuchando sus enseñanzas, todo tenía un aire que recordaba vagamente al ágora ateniense. Sus explicaciones encajaban en un orden, un “cosmos”, preguntándonos extrañados qué tenía aquel sabio que nos subyugaba. Entre col y col, una lechuga: entre historia y arqueología, el verbo λύω.

Desde el principio, sospechábamos que llevaba a cabo alguna que otra labor arqueológica por estas tierras malagueñas, porque trataba esta temática con particular interés, incorporando al discurso lo que entendíamos eran experiencias vividas. Lo confirmó a las pocas semanas y aquello acrecentó su valía entre la muchachada por cuanto a esa disciplina siempre se asocia el prestigio de lo misterioso. Con el tiempo, he podido comprobar que fueron años más fructíferos en su carrera como arqueólogo, pues a ellos corresponden publicaciones de gran relevancia e importantes intervenciones arqueológicas, caso de las efectuadas en la Basílica de Vega del Mar en San Pedro de Alcántara, entre 1977 y 1981, que dieron como resultado una monografía en 1989 (con Rafael Puertas Tricas, *La basílica paleocristiana de Vega del Mar*), y en la villa romana de Sabinillas (Manilva), trabajos en colaboración con Pedro Rodríguez Oliva que le ocuparon los veranos de 1975 y 1977, y de los cuales se derivó el estudio que se recoge en la presente selección “La villa romana de Sabinillas (Manilva)”

Todo lo que explicaba lo adornaba con una elegancia natural que hacía de aquellas lecciones algo muy distinto a lo que estábamos acostumbrados. Nada de soberbia se adivinaba en sus siempre atemperados comportamientos, revestidos de sobriedad e incluso timidez. A todo ello se unía su compromiso inicial de no hacer exámenes que, por supuesto, cumplió, sustituidos por sorpresivas “pruebas”, así llamadas, muy breves ya que incluían apenas una o dos preguntas por sesión y que, una vez que alcanzaban la decena, terminaban por configurar la nota que en el temido boletín figuraría; a veces, en una evaluación daba para un par de notas, es decir, dos pruebas; al alimón, alumno y profesor corregían aquellos ejercicios que cada uno de nosotros construía a lo largo de la evaluación; la confianza depositada en el alumno era total porque era él el encargado de custodiar la prueba. De lo acertado de aquel sistema que te imponía el estudio diario y no el atracón anterior al día D, puedo dar constancia. Aún hoy, cuando me veo con viejos amigos del Bachillerato, comprobamos cuán frescas están en nuestra memoria la gramática, el vocabulario, la etimología adquiridas de aquella manera.

Con ser todo esto suficientemente significativo, creo que no tendríamos una visión completa de lo que Don Carlos significaba como docente sin referirse a su condición

de generador de conciencia social. Aunque iniciaba todas cuantas manifestaciones que pudieran entenderse como “políticas” con una desconcertante frase (“*Y esto que digo no es política, pues como todos ustedes saben soy anarquista, del griego “a”, negación y “arjé”, principio, gobierno*”...), lo cierto es que Don Carlos lograba siempre de manera inteligente suscitar el compromiso social y la entrada de la ética en nuestro comportamiento. Desde la lengua griega nos sumergía, conduciéndonos hábilmente, hacia esos otros asuntos, siempre tratados con discreción, sin hacer alarde de nada, ni herir a nadie y buscando sacar lo mejor de nosotros como futuros ciudadanos.

En estos tiempos que nos ha tocado vivir, tan apegados a un relativismo intelectual en el que pareciera que hay cierta carta blanca para defender que todo vale, figuras como la de Don Carlos Posac Mon cobran aún una mayor estatura ética. En el país del “fueron iguales unos y otros”, alguien como Posac viene a demostrar por simple parangón la impostura de determinados intelectuales, tan proclives a autojustificar su falta de compromiso en tiempos en los que tan necesario era y es y su “camaleonismo” a ultranza.

Años después seguía encontrándome de manera casual con el que fuera mi maestro. La proximidad de nuestras respectivas residencias facilitaba estos encuentros, en los que Don Carlos se interesaba por el desarrollo de mis estudios y proyectos. Tuve ocasión de entrar en contacto con un Posac más cercano, más familiar que me relataba anécdotas dignas, alguna vez, de ser recogidas en unas memorias: sus ancestros familiares, el inicio de la Guerra Civil que le sobrecogió siendo adolescente en Melilla, sus vivencias en el Marruecos español... En fin, multitud de historias contadas por alguien que sosegadamente miraba unos años vividos convulsamente en la convulsa historia de un país convulso.

Cuando sabía ya de mis andanzas por el mundo del medievalismo y del arabismo, me propuso estudiar, allá por el año de 1996, la colección de epígrafes árabes de la Madrasa al-Ŷadīda de Ceuta, tarea a la que me encomendé con ilusión y de la que es fruto un libro editado por el Museo de la Ciudad Autónoma titulado *Epigrafía y poder. Inscripciones árabes de la Madrasa al-Ŷadīda de Ceuta* (1998) y que lleva su generoso prólogo. En el año 2002 propuso mi candidatura para el ingreso en el Instituto de Estudios Ceutíes, institución de la que me honro en pertenecer merced a su intercesión.

La concesión de la Medalla de Honor por parte de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo a Carlos Posac supone, por un lado, el reconocimiento para alguien que desempeñó parcialmente su labor docente en la capital malagueña, pues fue Catedrático de lengua griega en uno de sus Institutos de Enseñanza Media, el de mayor solera y vetustez, entre 1981 y 1987, su año de jubilación. Pero, sobre todo, representa sin duda un homenaje más que merecido a un investigador que consagró una parte de sus mayores esfuerzos a profundizar en la historia de Málaga y su provincia desde todos los períodos históricos, según se constata en la selección que pretende ser exhaustiva sobre la cuestión referida y que a continuación se ofrece.

Se puede comprobar que en ella hay cabida para cuestiones históricas muy diversas, abordadas siempre con el rigor y la profundidad que caracterizan al docto profesor. Nada

se ha escapado a su sana curiosidad y se puede decir que están representados asuntos muy candentes de la historia malagueña. Esa práctica historiográfica en la que no tiene cabida la especialización es muy común en las anteriores generaciones de historiadores que no contemplaban tal especialización como una virtud.

Son muchas las perspectivas desde las que se puede afrontar la obra de Posac en relación con Málaga, desde la Prehistoria, con el análisis de la Cueva de Pecho Redondo de Marbella, hasta la Málaga de principios del siglo XIX, en el período de la Guerra de la Independencia, con diversos trabajos: *Málaga, año 1810*; “Documentos sobre las actividades marítimas en la Málaga francesa (1810-1812) conservados en el Archivo-Museo ‘Álvaro Bazán’ de El Viso del Marqués”; “Incurción británica contra la base corsaria de Málaga en la primavera de 1812”; “Ronda en la primera fase de la Guerra de Independencia”; “Melilla: problemas en las comunicaciones marítimas a comienzos del siglo XIX”. Precisamente, son estos años iniciales del XIX los que han merecido una más intensa y continuada atención en la dedicación a los temas malagueños de Posac, junto a la arqueología clásica. En esta materia, Marbella y la Costa occidental han sido las grandes beneficiadas de su investigación: “La villa romana de Marbella”, “La villa romana de Sabinillas (Manilva)”, en colaboración con el que es hoy en día catedrático de Arqueología de la Universidad de Málaga, Pedro Rodríguez Oliva; “El mosaico romano de Marbella”; “Las anclas del mosaico de Río Verde (Marbella). Tampoco ha olvidado las relaciones entre el Estrecho de Gibraltar, Ceuta y el norte de África con Málaga y su costa, tan intensas a lo largo de todos los períodos históricos: “Parangón entre las cerámicas medievales de Ceuta y Málaga”; “Relaciones entre Málaga y la Ceuta portuguesa durante el reinado de la Casa de Austria”; “Documentos sobre Gibraltar en el Archivo de la Catedral de Málaga”, “Marbelleros en la Ceuta portuguesa (siglo XVII)”; *Andanzas de un caballero malagueño por tierras marroquíes (1777-1778)*.

En esta selección faltan un par de monografías de tema malagueño que por razones obvias no han podido ser incorporadas a la misma. Por un lado, su opúsculo *Guía arqueológica de Marbella* de 1983, hasta el presente el recorrido más completo publicado sobre el patrimonio arqueológico de la ciudad marbellí, abordado desde la perspectiva de la divulgación, y *La basílica paleocristiana de Vega del Mar* que vio la luz en 1989, en colaboración con Rafael Puertas Tricas, magnífico compendio de las excavaciones arqueológicas habidas en uno de los más destacados conjuntos eclesiales tardoantiguos del sur peninsular.

En los últimos años dos obras han venido a situar la bibliografía histórica generada por Posac Mon en el lugar que se merece. Hemos de hacer referencia asimismo al Homenaje tributado por el Instituto de Estudios Campogibaltareños que en 1996 brindó a su labor las IV Jornadas de Historia del Campo de Gibraltar, nombrándole Miembro de Honor de dicho Instituto.

Todo ello es hartamente extraño en un país donde sólo se elogia, y a veces con extrema falsedad, a los fallecidos. Definitivamente, estos tributos ofrecidos por distintas instituciones vienen a demostrar su estatura como investigador y docente: en aquella

geografía donde se había centrado su afán investigador, las instituciones le habían proporcionado una ofrenda por su labor.

Por un lado, contamos con el *Homenaje al Profesor Carlos Posac Mon*, 3 volúmenes editados por el Instituto de Estudios Ceutíes, del que es Vicedirector, en 1998, en el que han participado insignes investigadores españoles y extranjeros y que vino precedido de la concesión de la Medalla de la Ciudad de Ceuta en su categoría de Oro, impuesta el 16 de Marzo de 1998 en el Pleno de la Asamblea de la Ciudad Autónoma. En este Homenaje ceutí, se ofrece un panorama bastante completo de la actividad docente y profesional de Posac, como es lógico, con especial referencia a Ceuta. Allí tuve oportunidad de rendir un insignificante recuerdo a mi maestro. Recomendando vivamente dos artículos del primer volumen que dan la auténtica dimensión humana del homenajeado: “Gracias, maestro” de Manuel Ramírez (pp. 23-29) y “La obra de Posac en Ceuta y por Ceuta” de Antonio Aróstegui (pp. 31-38).

Por otro, la monografía editada por Antonio Bravo Nieto y Juan A. Bellver Garrido, *Prehistoria del Rif Oriental en la obra de Carlos Posac Mon. Yacimientos líticos en la provincia de Nador, ciudad de Melilla e Islas Chafarinas*, publicada en el año 2004 en Melilla por el Instituto de Cultura Mediterránea y la Fundación Galasec. Incluye la reedición de once trabajos sobre la Prehistoria rifeña del insigne profesor y un par de puestas al día en la bibliografía sobre la temática y en el estado de la investigación de la arqueología prehistórica del Norte marroquí, interpretada a la luz de la clarividente visión de Posac. De todo ello me quedo con las palabras del investigador que realiza la presentación de este libro, Fernando Villada, reproducidas asimismo en su contraportada:

“La recogida, estudio y clasificación minuciosa de todos los humildes útiles líticos recuperados se convierte para Posac en una premisa inexcusable de su investigación. Pocas obras, especialmente en un mundo tan cambiante como el de la arqueología, resisten una lectura después de más de medio siglo de haber sido escritas. Algunos de los artículos aquí recopilados tienen aún más tiempo pero siguen conservando su interés original al aportar una información novedosa y única para el conocimiento de estos yacimientos. De este modo, el compromiso de Posac con su deber científico de dar a conocer y publicar sus hallazgos es admirable contemplado desde una perspectiva temporal tan distante, más aún si tenemos en cuenta que aún hoy, a pesar de los avances tecnológicos, continúa siendo éste uno de los caballos de batalla más polémicos en la arqueología actual”.

A la mesa del reconocimiento al profesor le quedaba a mi antojo una pata por construir, igual de sólida que las anteriores (Ceuta, Melilla y Campo de Gibraltar). Desde hace tiempo, entendía, y así lo había hecho saber en cuantas ocasiones se prestaba, que Málaga le debía por razones de justicia que han sido explicadas con anterioridad un Homenaje a quien tanta dedicación había prestado a su historia. Qué mejor que la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo para cumplir con esos designios y que persona más adecuada que otro de mis entrañables maestros, Francisco Cabrera, para

llevarlos a cabo. Así lo propuse y en ello estamos. Diligentemente, el académico y amigo Cabrera tomó con inmediatez la idea como propia, mejorándola, pues argumenté que se le podría conceder el honor de ser “correspondiente en Ceuta” de la Real Academia. Por lo visto, la acogida de mi proposición, algo pretenciosa ya que no soy académico, fue considerada por fortuna insuficiente. Poco tiempo después, el Dr. Cabrera me comunicó con indisimulable alegría que a propuesta del también académico y amigo Manuel Olmedo Checa se había aprobado la concesión de la Medalla de Honor de la Real Academia, privilegio a los que pocos han accedido. Mucho mejor. Misión cumplida con creces por mi parte. Por todo ello, al que escribe le queda la íntima satisfacción de que su ciudad, a través de una de las instituciones culturales que más dignamente la representan, la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo, le rinda cumplido homenaje a quien sin ningún asomo de duda lo merece, sumándose de esta manera a los otros escenarios donde el maestro Posac desarrolló su actividad profesional. Y junto a la Real Academia, el coeditor de la presente obra, el Instituto de Estudios Ceutíes, y en particular su Director, Don Simón Chamorro, que han depositado en mí la confianza para escribir este modesto prólogo que toca a su fin.

Al poco, como no podía ser de otra manera en alguien que tiene la elegancia como manera de estar en el mundo, recibí una llamada suya, agradeciéndome lo que había hecho, pues estaba al tanto de las insignificantes gestiones mencionadas. ¿Cómo explicarle al maestro que el agradecido era yo? Mejor, para terminar, asumir como mías las palabras de otro de sus discípulos, Manuel Ramírez, catedrático de Derecho Político de la Universidad de Zaragoza, incapaz como soy de mejorarlas:

“Por lo que me enseñó de griego, de arqueología, de cultura cívica. Y, sobre todo, de libertad y espíritu crítico. A él se lo debo. Por eso, y desde el fondo del alma: Gracias, Don Carlos. Gracias, maestro”.

VIRGILIO MARTÍNEZ ENAMORADO
Instituto de Estudios Ceutíes